

La individualización del niño

Jacques Gélis

Este material se utiliza con fines
exclusivamente didácticos

LA INDIVIDUALIZACIÓN DEL NIÑO

Durante siglos, y a pesar de los esfuerzos de la Iglesia para abolirla, dominó en Europa occidental lo que podría llamarse una conciencia “naturalista” de la vida y del tiempo. En una sociedad que siguió siendo profundamente rural hasta el siglo pasado, la tierra madre era el origen de todo tipo de vida: un vivero inagotable que garantizaba la renovación de las especies, y en particular la de la especie humana. Todos los años la naturaleza representaba la misma obra; las estaciones se seguían sin tregua, y el mundo era arrastrado por este movimiento sin fin. En este universo en constante renovación, no había nada más grave que la esterilidad de la pareja, porque interrumpía el ciclo y quebraba la solidaridad del linaje. Cada miembro de la familia dependía de los demás; sin ellos, no era nada. Los adultos en edad de tener hijos establecían el vínculo entre pasado y futuro, entre una humanidad pasada y una humanidad venidera: Romper el hilo era una responsabilidad insensata. Y puesto que la mujer era quien llevaba en su seno al niño, quien lo alumbraba y quien seguidamente lo alimentaba, desempeñaba un papel esencial; era ella la depositaria de la familia y de la especie. De ahí los ritos de fecundidad a los que se sometía en los “santuarios de la naturaleza”, cerca de las piedras de fecundidad, de los manantiales y de los árboles fecundantes, como si la semilla del niño se hallaría en la naturaleza, cerca de ciertos lugares privilegiados.

Cada individuo describía un arco de vida, más o menos largo, según la duración de su existencia; se salía de la tierra por la concepción, y se volvía a ella por la muerte. En efecto, bajo tierra se encontraba la residencia de los muertos, la reserva de las almas que esperaban una reencarnación, esas almas de los antepasados que habían “entregado el alma” y que un día renacerían en uno de sus nietos. ¿Acaso no se perpetuó durante mucho tiempo la costumbre de dar nombre del abuelo o de la abuela al nieto o nieta, como para afianzar mejor la permanencia de la familia?. Tras estas creencias y comportamientos se adivina la estructura circular de un ciclo vital original y se traduce la idea de un mundo pleno, de una gran familia de vivos y muertos siempre igual en número, que pierde aquí lo que recupera allá.

Esta conciencia de la vida y esta imagen del sucederse de las generaciones remitían a una conciencia del cuerpo muy diferente de la nuestra. Dicha imagen del cuerpo era ambivalente. Cada ser tenía su cuerpo, su propio cuerpo, pero la dependencia respecto del linaje, la solidaridad de sangre eran tan fuertes que el individuo no podía sentir su cuerpo como plenamente autónomo: este cuerpo era el suyo, pero era también un poco el de “los demás”, el de la gran familia de los vivos y de los antepasados muertos.

El destino colectivo al que uno se hallaba asociado estrechamente y el disfrute individual de los placeres de la existencia –la aspiración a “querer vivir su propia vida” que nosotros consideramos legítima–, eran contradictorios y la prioridad se dirigía al cuerpo cuya perennidad había que garantizar a toda costa, al cuerpo del linaje. EL individuo sólo disponía del suyo en la medida en que este disfrute no contrariara los intereses de la familia. En cierto sentido el hombre transmitía la vida sin poder, en realidad, vivir la suya. Su único deber era dar la vida.

En esta concepción de la vida y del cuerpo, al niño se le consideraba vástago del tronco comunitario, parte del gran cuerpo colectivo que, mediante la superposición de las generaciones, excedía al tiempo. Por consiguiente, pertenecía al linaje al menos tanto como a sus padres. En este sentido, era un niño “público”. Sin embargo el estrecho vínculo que le unía a su madre hasta el destete, se contradecía, en apariencia, con esta interpretación. En realidad, esa relación excepcional respondía a una necesidad: el niño es incapaz de subvenir solo a sus necesidades elementales, porque nace “inacabado”. La madre, tras haberle alimentado con su sangre durante el período de gestación, le alimentaba con su leche, que se consideraba sangre blanqueada. Destetado a los veinte, a los veinticuatro o a los treinta meses, el niño entraba progresivamente en ese período de la primera infancia en el que la parte pública de su educación tendía a aumentar, aunque durante mucho tiempo las enseñanzas del padre y de la madre siguieran siendo preponderantes. Y es que, desde su nacimiento, “lo público” y “lo privado” se hallaban entrelazados con fuerza, ya que su condición dependía, precisamente, tanto de lo uno como de lo otro. El niño venía al mundo en un lugar privado, en la habitación en la que vivían sus padres, pero en medio de una asistencia de parientes y vecinas que convertía su nacimiento en acto público. Sus primeros pasos los daba con carácter simbólico en donde reposaban los antepasados, en el cementerio, o también en la Iglesia, durante la misa, en el momento de alzar. Por siguiente, era otro ritual público lo que marcaba el inicio de una relativa autonomía del niño. Esos primeros pasos que daba solo tranquilizaban a los padres y probaban ante todos la perennidad del linaje.

El bautismo, a la par sacramento que borraba el pecado original y rito de socialización del niño, era también ocasión de cerciorarse, mediante procedimientos mágicos, de la calidad de los sentidos de la

criatura. Tras la ceremonia y en ausencia del sacerdote la “rodadura” del cuerpo del niño sobre el altar tenía por fin fortificar el cuerpo, evitarle más tarde el raquitismo y la cojera. Para que no fuera “baboso”, esto es, tartamudo o mudo, los padrinos tenían que besarse debajo de la campana, al salir de la iglesia. A veces incluso “la juventud” desempeñaba un papel importante en el ritual. En Massiac (auvernia), a comienzos del siglo pasado, los muchachos que habían seguido el cortejo armaban un estrépito espantoso, con carracas y martillos, inmediatamente después de que el niño recibiera el sacramento: era la garantía de que el niño tendría más tarde voz y buenos oídos y de que la niña hablaría y cantaría bien.

La primera infancia era la época del aprendizaje. Aprendizaje del espacio de la casa, del pueblo, del terruño. Aprendizaje del juego de la relación con los demás niños: niños de la misma edad o más mayores, que sabían más y que se atrevían a más. Aprendizaje de las técnicas del cuerpo, aprendizaje de las reglas de pertenencia a la comunidad lugareña, aprendizaje de las cosas de la vida. Padre y madre ocupaban un lugar importante en esta primera educación. Sí, desde los siete u ocho años, los muchachos según a su padre a los campos, antes de que les “colocaran” en casa de un vecino o de un pariente, las muchachas se quedaban, por lo general, con su madre, junto a la que aprendían su futuro papel de mujer. Por tanto, el aprendizaje de la infancia y de la adolescencia debía robustecer el cuerpo, aguzar los sentidos, hacer al individuo apto para triunfar de las malas jugadas del destino y sobre todo, capaz de transmitir la vida para qué, llegado el momento, garantizase la permanencia de la familia. Esto suponía una forma de educación en común, un conjunto de influencias que convertían a cada ser en producto de la colectividad y que preparaban a cada individuo para el cometido que de él se esperaba. Existía poca intimidad en semejante contexto; pero día tras día se tenía cada vez más fuerza la sensación de pertenecer a una gran familia a la que se estaba vinculado para lo bueno y para lo malo.

A comienzos de la década de 1580, cuando estaba criándose, uno de los hijos del *controleur des finances* (21) y alcalde de Loudun, Scevole de Sainte-Marthe, cayó enfermo de gravedad. Los médicos más hábiles fueron llamados a su cabecera, “pero sus cuidados fueron inútiles; desesperaron de que sanara”. En ese final de siglo XVI Scevole era uno de esos hombres que no querían resignarse a la muerte prematura de un hijo enfermo. “Como era muy buen padre y muy docto”, aceptó el desafío, sustituyó a los medicuchos claudicantes y “empezó a curarle por sí mismo. Para ello, buscó con gran aplicación todo lo que había de curioso o de más sabio en relación con la naturaleza y la complejidad de los niños. Por la bondad y la vivacidad de su espíritu llegó a penetrar hasta en los secretos más ocultos de la naturaleza y de la física, y tan acertadamente se sirvió de ellos que arrancó a su hijo de los brazos de la muerte”. Seguramente el caso de Scevole sea ejemplar. Si se conoce es porque el feliz padre, instado a “conservar para la posteridad sus curiosas averiguaciones”, las recogió en un poema latino, *La Paedotrophia*, en el que llamaba la atención sobre la manera de criar a los niños pequeños.

Desde finales de siglo XIV en los medios acomodados de las ciudades aparecen indicios de una nueva relación con el niño. Se trata, más que de nuevas muestras de afectividad, de una voluntad de preservar la vida del niño que se afirma cada vez más. Dos siglos más tarde, el ejemplo de Scevole de Sainte-Marthe es absolutamente significativo de la actitud de las nuevas élites sociales del Renacimiento. Esta voluntad de salvar al niño no hace sino aumentar en el transcurso del siglo XVII y madame de Sévigné da prueba de ese rechazo de lo peor, cuando su nieta está enferma: “¡no quiero que muera!”, exclama.

Librar a un niño de la enfermedad y de la muerte prematura, repeler la desgracia intentando curarlo: ésta es en adelante la meta de padres angustiados. Entendámonos bien: anteriormente los padres tampoco aceptaban la muerte de un ser querido; pero la conciencia de la vida, del ciclo vital, era diferente, y los padres no tenían otro recurso que engendrar otro hijo. Porque la vida era dura y porque era preciso perpetuar la estirpe... El rechazo de la enfermedad del niño sólo constituye un aspecto –sin duda esencial– de la nueva concepción de la vida y del tiempo. Prolongar la propia vida, abreviar los sufrimientos gracias a los cuidados que prodiga ese especialista del cuerpo que es el médico, no constituyen tampoco un empeño nuevo; pero la voluntad de cuidarse y de curarse se manifiesta con tanta fuerza desde el siglo XVI que denota, a todas luces, que el hombre se ve a sí mismo con otros ojos. Ahora bien, todavía a fines del siglo XVII, el cuerpo médico, mal preparado para su cometido, resulta absolutamente incapaz de responder a la petición de asistencia que surge de todas partes. Molière se hizo eco de ello. Y también otros, como John Locke, cuya obra *La educación de los niños*, publicada en Londres en 1693 y traducida al francés por Pierre Coste ya en 1695, se convirtió en uno de los clásicos de la pedagogía europea en siglo XVII. Desde el principio, el autor llama la atención de los padres sobre las virtudes de la prevención como medio más seguro de preservar la salud de sus hijos: “Al hablar aquí de la salud –precisa– mi propósito no es hablaros de la manera como un médico debe tratar a un niño enfermo o doliente, sino sólo señalar lo que los padres deben hacer sin el

socorro de la medicina, para conservar y aumentar la salud de sus hijos o, cuando menos, para hacer que tenga una constitución que no sea propensa a enfermedades.”

No es fácil conciliar las exigencias del linaje, la necesidad de perpetuarlo que se siente aún con viveza, con el deseo creciente del individuo de vivir su propia vida plenamente, de disponer de ella libremente. Elemento que mantiene el linaje, que establece el vínculo entre pasado y futuro, hasta entonces no había tenido que preocuparse de sí mismo, o muy poco. Luego resulta que este hombre se pone a pensar en su propio interés, inmediato y venidero; aprende a contar; sabe que tiene el tiempo contado; el tiempo de vivir.

A fin de resolver lo mejor posible la contradicción que se siente entre la aspiración a vivir y la voluntad de perpetuarse, se empiezan a modificar los comportamientos familiares. El espíritu de cálculo no se limita al terreno de la mercancía; se insinúa en la estrategia familiar en una forma desconocida hasta entonces, lleva a que se establezcan nuevas reglas. El debate sobre el préstamo con interés y la usura había llevado a hacer ajustes con el Cielo y al establecimiento de nuevas estructuras comerciales; las contradicciones de los intereses del linaje con los del individuo se resolverán mediante ajustes sucesivos, a medida que se vaya debilitando el espíritu del linaje y que se vayan acrecentando los poderes del individuo.

A este nuevo modo de relación entre el individuo y el grupo corresponde una nueva imagen del cuerpo. Mientras que los vínculos de dependencia respecto de los parientes se vivían antaño de manera carnal, en adelante van a aflojarse; el cuerpo gana autonomía, se individualiza: “mi cuerpo es mío”, e intento librarle de la enfermedad y del sufrimiento; pero sé que es perecedero y, por tanto, sigo perpetuándolo a través de la semilla de otro cuerpo, el cuerpo de mi hijo. El hecho de que el cuerpo individual se desgaje simbólicamente del gran cuerpo colectivo de la estirpe constituye, seguramente, la clave de muchos comportamientos de los siglos del clasicismo. Este modelo permite, a buen seguro, comprender mejor por qué el niño ocupa en adelante un puesto tan importante en las preocupaciones del padre y de la madre; un niño al que quieren por sí mismo y que es su alegría de cada día.

A la conciencia de un ciclo de vida circular sucede gradualmente –primero en las clases acomodadas, luego en las categorías sociales menos favorecidas; primero en las grandes ciudades, luego en los burgos y, más despacio, en el campo – una conciencia más lineal, y más segmentada de la existencia. En este contexto, el individuo tiene el valor que tiene, y la sombra del grupo familiar, del parentesco, ya no borra la personalidad.

Este cambio de actitud respecto del niño, que fundamentalmente mutación cultural, tiene una duración indefinida. Es imposible que establezcamos una cronología precisa. A falta de certezas, tenemos algunas observaciones, ya que la evolución no llevó el mismo paso en todas partes, sufriendo, por efecto de las fuerzas políticas y sociales, aquí bruscos frenazos, allá aceleraciones repentinas. Nadie duda de que la ciudad, lugar de innovación por excelencia, diera la pauta. ¿Acaso no fue en la ciudad donde emergió progresivamente, desde el siglo XV, la “familia moderna” reducida a la pareja con sus hijos? En la ciudad del Renacimiento, la relación íntima con la tierra madre tiende a desaparecer, la percepción de la sucesión de las estaciones se pierde. En consecuencia, la referencia a los antepasados, que hasta ayer era esencial, se debilita: en la ciudad, cada vez hay menos sitio y menos tiempo que dedicarles; en cuanto a los problemas de esterilidad de la pareja, evidentemente ya no van a solucionarse con recursos “naturales” y mágicos. En este medio reconstruido por el hombre, en esta ciudad del Renacimiento “pensada como cuerpo” cada vez con más frecuencia, la reducción a la familia nuclear implica el acondicionamiento de un espacio doméstico más íntimo. Las ciudades italianas, en particular Florencia, iniciaron una evolución en este sentido ya en el siglo XVI; en el siglo XV y sobre todo en el XVI, Inglaterra, Flandes y Francia les seguirán.

La evolución del sentimiento de la infancia no se manifiesta de manera lineal. En Francia, por ejemplo, el siglo XVII constituye un momento si no de reacción, por lo menos de freno. Las conmociones políticas y religiosas del siglo XVI constituyen los síntomas de una crisis profunda de los valores; de ello da prueba también la “epidemia de brujería” que afecta entonces a buena parte de Europa, y su represión. Puede discernirse un nuevo sentimiento de la infancia ya en la primera parte del siglo, y temas que con demasiada frecuencia consideramos que datan del siglo XVIII se suelen tocar en el discurso literario y médico dos siglos antes. Por ejemplo, los fajos: el niño, al llegar al mundo, entra en un universo de imposiciones del que se convierte en símbolo de fajos, ya que le privan de toda libertad corporal, lo que – dicen algunos médicos del siglo XVI, como Simon de Vallambert–, no puede ser sino funesto par su desarrollo y su salud. Por ejemplo, las deformaciones voluntarias de cráneo que gorros y capillos mantienen durante la primera infancia: el niño es una cera blanda sobre la que se puede para que su fisonomía se ajuste a un modelo estético ideal. Por ejemplo, la crianza por un ama ajena a la familia. Su práctica, por lo general, es desaconsejada y hasta condenada por los moralistas: es peligroso para un niño pequeño aún no

“terminado” que se lo alimente con “leche mercenaria”; y ya que se admite que “lo que en la leche se mama, en la mortaja se derrama”, ¿no correrá peligro su propia identidad de resultar afectada por una “transmisión” que atañe tanto al cuerpo como al espíritu? En este sentido, la cuestión de la lactancia debe situarse en el debate más general entre la naturaleza y la cultura, lo innato y lo adquirido.

Dar un niño a criar no es una novedad del siglo XVI: en Florencia la práctica se conoce ya desde finales del siglo XIV y se extiende en el transcurso del siguiente siglo. Esta separación, que se pretende siempre temporal y que a menudo se termina, como se sabe, con la muerte de la criatura, es condenada con firmeza por un discurso médico y letrado moralizador, que tiende a culpabilizar a los padres, los animales alimentan a sus crías.... Si los padres hacen caso omiso de ello, es porque en el mundo de la ciudad se imponen otros valores, diferentes de los del mundo rural en que los niños viven con las amas de cría. Efectivamente, la esposa del hombre de condición se ve liberada de una de las más pesadas tareas que de ordinario le incumbe; y aunque por aceptar que a sus hijos los críe un ama el tiempo que media entre sus embarazos se acorta, y quedan períodos de tiempo libre que puede dedicar a la conversación, la lectura o el paseo. Ésta es una manera distinta de plantearse la existencia aunque la mujer pague por esa libertad un alto preciodependencia cada vez más acentuada del marido. En efecto, lo que se pone en juego al separar la fecundidad y la crianza del niño es a la par la imagen y el puesto de la mujer en el ciclo vital. La separación de dos funciones complementarias y estrechamente asociadas hasta entonces va a contribuir a reducir a la mujer al papel de simple reproductora: se espera de ella que sea fecunda, que lleve al niño en su seno y que le dé a luz. Porque en la ciudad el niño procede en primer lugar del padre y del linaje paterno.

En la época en que ciertos padres dan a su hijo a criar, otros hallan en su compañía “entretenimiento y alegría”. Las dos actitudes no son contradictorias; son prueba de que, ahora, se puede elegir. Desde luego, la “naturaleza” continúa hablando a favor del niño criado por su madre; pero ésta no sólo tiene deberes; de ahora en adelante pretende tener también derecho a vivir, y recibe la aprobación del padre cuando manifiesta el deseo de conservar un cuerpo íntegro y agradable. Sin embargo, la elección no siempre es obvia. No es fácil conciliar los intereses del niño con los de la madre. Por tanto, no hay que extrañarse de que se den distintas respuestas a estas cuestiones.

Afectividad y educación

Las nuevas relaciones que establecen estos “nuevos padres” con sus hijos influyen, claro está, en los comportamientos de estos últimos. Los textos de los siglos XVI y XVII se hacen eco de ese “nuevo niño”. Es más despierto, más maduro, esto se observa y causa asombro. Por ejemplo a comienzos del siglo XVII, Louise Bomgeois, partera de la reina María de Médicis, anota en sus Instrucciones a su hija que “los niños pequeños del presente son muy sutiles”. Es entonces cuando los moralistas empiezan a denunciar la complacencia culpable de los padres y las madres respecto de sus hijos. Y su discurso se extiende a lo largo del siglo, “Con mucha sabiduría la naturaleza ha inspirado a los padres amor hacia sus hijos –observa Locke en 1663– pero si la Razón no modera ese efecto natural con una extrema circunscripción, degenera fácilmente en indulgencia excesiva. Que los padres y madres amen a sus hijos pequeños, es lo más justo; su deber les obliga a ellos. Pero sobre todo no contentos con amar sus personas hasta llegan a estimar sus defectos”. Y estos padres “demasiado apasionados de sus hijos” no se dan cuenta del daño que les causan, “pues cuando los niños se hacen mayores y sus malos hábitos crecen en proporción, los padres, que ya no pueden regalarles ni jugarles con ellos, comienzan a decir que son unos pillos, unos espíritus ariscos y llenos de malicia”. “Pero si a un niño se le acostumbró a tener plena libertad de hacer todo lo que quiso mientras llevó el sayo vaquero, ¿por qué ha de parecerse extraño que pretenda el mismo privilegio y que use de todas sus mañas para seguir disfrutándolo cuando llega a llevar las calzas? .

No se condena la privatización de la educación, lo que se teme es que, entendida de este modo, tenga consecuencias nefastas para el niño. El “mimo” es causa de demasiadas debilidades: ¿Acaso ciertas madres no llegan a tener comportamientos absolutamente execrables? Como las que, nada más dar a luz, por tanto impuras, no saben “guardarse de ese celo indiscreto que tienen de abrazar y besar a su hijo. Se reconoce por su indiscreción –señala el médico Jacques Duval– que les tienen un amor de mono, que es, según dicen, que estrecha tan fuertemente a sus crías, por un ardiente deseo de amistad, que las sofoca”.

Para luchar contra semejantes “excesos” toda una corriente pretende imponer en el transcurso del siglo XVII reglas de comportamiento conformes al decoro.... Y tal vez haya que ver en esta actitud represiva frente a una educación privada en la que se concede demasiada importancia a la afectividad, una de las razones de que la Iglesia y el Estado se hagan cargo del sistema educativo. Este paso progresivo de lo privado a lo público coincide, en efecto, con la voluntad del poder político y religioso de controlar el

conjunto de la sociedad. Y las nuevas estructuras educativas, en particular las de los colegios, cuentan rápidamente con la adhesión de los padres. En efecto, éstos se convencen de que su hijo está siempre a merced de instintos primarios que es preciso contener y de que es importante someter sus deseos al gobierno de la Razón”. Llevar a un niño a la escuela es, por tanto, sustraerle a la naturaleza. Pero la causa esencial de tal adhesión seguramente no es ésta. La nueva educación debe su éxito a que conforma los espíritus y, al mismo tiempo, responde a las exigencias de un individualismo que aumenta sin cesar. No hay contradicción de la “privatización” del niño dentro de la familia nuclear con la educación pública que se le da. Una conciencia de la vida que ya no implica el respeto de las antiguas solidaridades y que pretende valorar al individuo obliga a volverse hacia terceros, preceptores y directores de estudios, que tienen como misión hacer que el niño acceda a conocimientos que no podía recibir de sus padres. Estos comprenden, en efecto que la reducción del espacio privado podía frustrar al niño, ya que estos mismos son incapaces de darle una formación distinta de la que antaño recibía de la comunidad.

Así, pues, se efectúa un doble paso: de la familia troncal a la familia nuclear; de una educación pública comunitaria y abierta, destinada a integrar al niño en la colectividad para que adopte los intereses y los sistemas de representación de la estirpe, a una educación pública de tipo escolar, destinada también a integrarle y al mismo tiempo, a facilitar el desarrollo de sus capacidades.

La modificación de la condición del niño no sólo resulta de las transformaciones que sufrieron las estructuras familiares en los siglos del clasicismo. La Iglesia y el Estado, desempeñaron indiscutiblemente un cometido en ese cambio. Por eso, la afirmación del sentimiento de la infancia hacia 1550 vino acompañada de toda una serie de disposiciones legales que respondían, a la vez, a escrúpulos de moral religiosa y a preocupaciones de carácter público. Esta legislación, poco aplicada en su momento, es también el testimonio de los primeros balbuceos de una política de protección a la primera infancia, primicias de una intervención más amplia del Estado en las cuestiones demográficas.

Pero, ciertamente, fue la difusión de modelos ideológicos lo que convirtió en esencial el cometido de la Iglesia y del Estado. Estos modelos de niño son modelos fuera de lo común: no por ello han contribuido en menos grados a la “privatización” de la imagen del niño. Modelos inaccesibles, vinieron a reforzar la emergencia del niño como individuo en la sociedad occidental.

La Iglesia, que supo utilizar el soporte textual e iconográfico que ofrecía la imprenta, difundió dos modelos: el del niño místico y el del Niño Cristo. Al exaltar las virtudes de los que tienen una fe lo bastante fuerte para soportar los peores tormentos corporales, que pueden llevarles a la muerte prematura, la corriente mística contribuyó a valorar al individuo. A ella se debe la creación del modelo de santidad infantil: la imagen del hombre santo excepcional es también la del niño santo excepcional, como Pedro de Luxemburgo o Catalina de Siena. Desde su más temprana edad, estos niños no tuvieron más ambición que consagrarse a Dios, y ese amor a Dios les llevó a perder el apego a las cosas de aquí abajo, a desatender los más elementales deberes que requiere un cuerpo aún endeble, los cuidados de la higiene y los de la alimentación. La exaltación de la infancia mística es un proceder que se contrapone en todo a la concepción “naturalista” del cuerpo solidario. Éste no toleraba la ruptura del ciclo vital; el cuerpo místico, en cambio, implica el celibato, postula la ausencia de descendencia, o mejor, aspira a una posteridad de un nivel superior, a una posteridad espiritual.

En el transcurso del siglo XVII se desarrolla en Francia toda una corriente de devoción a la infancia de Cristo: el cardenal de Bérulle y luego, el Carmen y el Oratorio contribuyen a dar al movimiento alcance popular. Los manuales de devoción destacan entonces los rasgos humanos del “Dios-niño”, cuya inocencia y dulzura tanto emocionan a los fieles reunidos alrededor del belén. Un sacerdote de Orléans, Pierre Thureau, refiere en su obra, *El Santo Niño Jesús*, publicada en 1665, que en la escuela de Chateaufieux, un burgo “desolado” de la diócesis, puede verse “un gran Niño Jesús de talla dulce, que está envuelto en sus mantillas tendiendo las manos a todos los que quieran ser sencillos y pequeños como él y principalmente a los niños”. En una sociedad en la que, durante tres siglos, un ministerio sacerdotal basado en el miedo hace a todos sensibles a los peligros de la carne, de cuerpo-lugar de pecado, la imagen de estos niños ejemplares viene en apoyo de nuevas formas de piedad interior.

Todos estos “emblemas de amor divino” no impiden que en la misma época se difunda un modelo laico de niño excepcional, en el extremo opuesto del niño místico y del Niño-Cristo, ya que es en esta tierra en donde llega a realizarse: el niño prodigio. En el siglo XVII, libros y retratos dan a conocer a algunas de estas figuras. Por ejemplo, en 1613 se publica *La Civilidad moral de los niños* compuesta en latín por Erasmo, traducida en francés por Claude Ardí, parisiense, de nueve años de edad. En cuanto al “pequeño de Beauchastean”, nacido hacia 1630, desde los siete años habla varias lenguas y, a los doce, publica un libro de poemas. Pero es cierto que el siglo XVIII, con Amadeus, soporta bien la comparación...

A los niños reales no se les pide que den a conocer sus méritos: son ya niños públicos. Sobre todo si se trata del delfín. Su nacimiento tiene lugar en público, y, durante su primera infancia, para él no existe en realidad la vida privada; se le vigila constantemente, se observa e incluso se anota el menor de sus gestos, como prueba el texto que dejó Héroard, médico del pequeño Luis XIII. El niño vive a la vista de la corte; pero pese a ser futuro padre de sus súbditos, apenas tiene contacto con ellos. Lo que le da a conocer, por lo menos a parte de ellos, es la moneda más que el grabado. En la segunda mitad del siglo XVII, y más aún en el siglo XVIII, los nacimientos principescos ocupan un puesto primordial en la acuñación de moneda, que se ha convertido en privilegio real. En esos tiempos favorables al aumento de población, es un medio seguro de imprimir en las conciencias la imagen de una pareja real rodeada de sus hijos y también de invitar a cada matrimonio a seguir el augusto ejemplo.

Interés e indiferencia respecto a la infancia

Para el aprendizaje de las cosas esenciales, el niño siempre dependió a la vez de lo “público”, del exterior, y de lo “privado” de sus padres. Estas influencias solían ser complementarias: lo que le cambió en el transcurso de los siglos del clasicismo fue la respectiva proporción de ambas.

Por lo tanto, la condición del niño remite constantemente a varios niveles de representaciones y de prácticas. No obstante, el sentido de la evolución resulta claro: al niño se le va concediendo progresivamente el puesto que hoy tiene en la familia. ¿Pero de qué niño de qué familia se trata?

Es difícil de creer que a un período de indiferencia ante la infancia sucediera otro en el que, con el concurso del “progreso” y de la “civilización”, fuera el interés lo que prevaleciera... El interés o la indiferencia no son en realidad la característica de tal o cual período histórico. Ambas actitudes coexisten en una misma sociedad, prevaleciendo una sobre la otra en un momento determinado por razones culturales y sociales que no siempre es fácil discernir. La indiferencia medieval ante el niño es una invención; y en el siglo XVI, como hemos visto, los padres se preocupan de la salud y de la curación de sus hijos.

En consecuencia, la afirmación del “sentimiento de la infancia” en el siglo XVIII, es decir, de *nuestro* sentimiento de la infancia, ha de interpretarse como síntoma de una profunda transformación de las creencias y de las estructuras mentales, como signo de una mutación sin precedencia de la conciencia de la vida y del cuerpo en Occidente. A una concepción de la vida que era la de la estirpe y la comunidad la sustituyó otra: la de la familia nuclear. A una condición en la que lo “público” y lo “privado” desempeñaban su papel en la formación del niño, signó otra que amplía los derechos de la madre y sobre todo del padre sobre su hijo. Pero, en un clima de creciente individualismo, mientras que se trataba de favorecer el desarrollo total del niño, la pareja, alentada por la Iglesia y por el Estado, delegó parte de sus poderes y responsabilidades en el educador. Al modelo rural siguió un modelo urbano y el deseo de tener hijos no ya para garantizar la permanencia del ciclo, sino simplemente para darles cariño y recibirlo de ellos.